

TEMA 37. EL DEBATE HISTORIOGRÁFICO SOBRE LA REVOLUCIÓN FRANCESA.

1. INTRODUCCIÓN.

Resulta realmente difícil analizar la historiografía en torno a la Revolución Francesa sin hacer referencia a la revolución en sí, es decir, sin mencionar, aunque sea brevemente, sus principales fases y acontecimientos. Sin embargo, y sobre todo de cara a una posible exposición oral del tema, puede resultar complicado intentar un resumen de la revolución porque podría ocupar demasiado tiempo sin permitir profundizar en ningún aspecto. En otras palabras, se corre el riesgo de consumir buena parte del tiempo de la exposición sin entrar en el tema en sí y recurriendo a generalizaciones que no brillen mucho.

En mi opinión, lo mejor sería abordar el tema indicando al principio esta dificultad y limitándose a señalar la cronología de las tres fases de la revolución (moderada, radical y reacción moderada) y sus rasgos principales en no más de cinco minutos. En cualquier caso, conviene guardarse las espaldas y repasar un poco los acontecimientos revolucionarios por si en la tanda de preguntas el tribunal se inclinara por esa faceta o pidiera algún comentario sobre hechos concretos. Para facilitar un poco la tarea te ofrezco un brevísimo resumen de las fases y acontecimientos de la Revolución, pero no creo que debas intentar abordarlas de lleno en la exposición oral. En cualquier caso, depende en gran parte de la capacidad de cada uno para resumir con claridad y brevedad los hechos y para darle un enfoque a su tratamiento en función de lo que es el tema en sí: la historiografía sobre la revolución.

2. ESQUEMA CRONOLÓGICO DE LAS FASES Y ACONTECIMIENTOS DE LA REVOLUCIÓN.

2.1. La revolución «burguesa» (1789-1792).

Los Estados Generales se inauguraron el 5 de mayo de 1789, pero pronto surgieron diferencias entre los representantes del clero y la nobleza y los del Tercer Estado. Estos últimos decidieron reunirse separadamente y el 17 de junio adoptaron el nombre de *Asamblea Nacional*. Al día siguiente se produjo el famoso juramento del Juego de Pelota, con el que los miembros de la Asamblea Nacional dejaban claro su afán de introducir reformas sustanciales en el gobierno de la nación. El rey Luis XVI se vio desbordado por la presión popular y el 27 de junio ordenó a los representantes del clero y la nobleza que se sumaran a la Asamblea Nacional, que se proclamó constituyente el 9 de julio de 1789. A partir de ahora la Asamblea trabajaría en la elaboración de una Constitución y funcionaría con el sistema de un voto por cabeza, que otorgaba la mayoría a los representantes del Tercer Estado.

En medio de una creciente agitación popular, el rey intentó recuperar el control de la situación por la fuerza recurriendo a una concentración de tropas en París. El pueblo parisino reaccionó y el 14 de julio se produjo un estallido de violencia que culminó con la toma de la Bastilla. Por todo el país se produjeron motines municipales y olas de violencia campesina, que tuvo como principal objetivo la destrucción de los castillos. Más de la mitad del territorio francés se vio sacudida por el denominado «Gran Miedo». El rey tuvo que ceder y aceptar definitivamente el mantenimiento de la Asamblea Nacional.

Entre agosto de 1789 y marzo de 1790 la Asamblea Nacional dictó diversas leyes que supusieron la abolición definitiva de los derechos feudales, aunque el proceso fue pactado con la aristocracia moderada, por lo que se procedió en muchos casos a fijar una redención económica que compensara la pérdida de ingresos de la nobleza.

Entre 1789 y 1791 la Asamblea se dedicó a preparar la nueva Constitución que habría de regir los destinos de Francia. Como anticipo, el 26 de agosto de 1789 se proclamó la declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, que sentaba las bases de la nueva sociedad

burguesa. En principio, la burguesía francesa tenía en sus manos la posibilidad de proceder a la instauración pacífica y pactada de un nuevo régimen liberal, basado en la monarquía constitucional. Pero pronto se vio la dificultad de esta tarea, pues en el propio seno de la Asamblea se marcaban diferencias irreconciliables entre los aristócratas más conservadores, partidarios de la reinstauración del Antiguo Régimen, los partidarios de una monarquía constitucional y los denominados «patriotas», partidarios de cambios más profundos. En la extrema izquierda comienzan a despuntar algunos líderes populares que proponen la ruptura total con el pasado y la instauración de una democracia avanzada (Robespierre, Marat).

Mientras que la burguesía liberal que controlaba la Asamblea Nacional pretendía en vano llegar a un compromiso entre sus intereses y los de la nobleza menos reaccionaria, el pueblo llano mantenía la tensión revolucionaria y en el campo las medidas para abolir la feudalidad no conseguían pacificar los ánimos. La aguda crisis económica no hacía sino empeorar la situación y las protestas populares se incrementaban, teniendo que recurrir la Asamblea a la represión violenta de algunas manifestaciones y motines. La huida del rey a Varennes el 21 de junio de 1791 demostró la imposibilidad de reconciliar a la nación mediante una monarquía constitucional, al tiempo que desde el exterior los nobles huidos y las monarquías europeas conspiraban contra la revolución.

En medio de un ambiente bastante revuelto, en 1791 se proclamó una Constitución que consagraba una reorganización integral de la administración, de la justicia, de las finanzas y hasta de la religión. Esta constitución suponía la expresión más acabada de la revolución burguesa en su ensayo de monarquía constitucional. El 16 de diciembre de 1791 se reunió la nueva Asamblea Legislativa, cuyos miembros habían sido elegidos mediante un sistema de sufragio censitivo muy selectivo, y que reservaba el carácter de "elegibles" sólo a los ciudadanos con un nivel económico muy elevado. Además, los que habían sido miembros de la Asamblea Constituyente no podían ser reelegidos.

Entre los 745 miembros de la Asamblea destacaba una importante facción (casi 1/3) partidaria de frenar el desarrollo de la Revolución y mantener el sistema nacido de la Constituyente. Este grupo, denominado de los *feuillants*, tenía en Lafayette, Barnavé, Duport y Lameth a sus líderes más destacados, aunque el personalismo de éstos hacía que no mantuvieran posturas unitarias. Frente a ellos, un sector de la burguesía mercantil era partidario de mantener una alianza táctica con la aspiración popular de reformas más avanzadas. Constituía un grupo bastante nutrido en la Asamblea y pronto pasaron a ser conocidos como *girondinos*.

La Asamblea Legislativa tomó la decisión de enfrentarse a la conspiración exterior mediante la guerra, decisión que satisfacía tanto a la burguesía mercantil, que esperaba hacer grandes negocios con el abastecimiento del ejército, como a los grupos reaccionarios, con el rey a la cabeza, que esperaban una derrota que pusiera fin a la experiencia revolucionaria. El 20 de abril de 1792 la Asamblea declaró la guerra a una coalición que asociaba a los soberanos de Bohemia-Hungría, Prusia, Rusia y Piamonte. La guerra fue, sin embargo, desastrosa para Francia, en la frontera Norte su ejército se desbandaba y las tropas enemigas avanzaban hacia París. En este ambiente, la coalición extranjera proclamó el célebre «Manifiesto de Brunswick» (25-julio-1792), en el que amenazaban con entregar París a una ejecución militar.

El intento de los girondinos de aprovechar en su favor la presión popular se le fue de las manos y el pueblo, ante una situación de abastecimiento crítica y ante la inminencia del peligro exterior, se organizó en grupos armados y tomó el control de las calles de París. Los sectores más radicales de la Revolución desplazaron rápidamente a la burguesía liberal e impusieron su control de las masas. En París se proclamó una «Comuna insurreccional», compuesta por *sans-culottes* armados, y el denominado Club de los Cordeleros pasó a ser el verdadero dueño de la situación. Sus líderes más destacados, Marat, Dantón y Robespierre, son los nuevos hombres fuertes de la revolución.

El 10 de agosto de 1792 el pueblo en armas asaltó las Tullerías y la insurrección popular triunfó. La Asamblea Nacional, ante la presión popular, votó la suspensión del rey en sus funciones

y encarceló a la familia real. Se convocaron elecciones para elegir una nueva Asamblea, que pasaría a denominarse **Convención Nacional**, y debería dirigir el país y elaborar una nueva constitución. Por primera vez, la elección se hizo por sufragio universal.

2.2. La Convención y la revolución jacobina (1792-1795).

Durante los años de la Convención, el rasgo más llamativo de la Revolución es el protagonismo de las masas populares en los acontecimientos. Los *sans-culottes* se van a convertir en este período en la fuerza revolucionaria por antonomasia, que sobrepasa en sus proclamas y en sus aspiraciones las previsiones de la burguesía liberal.

La Convención Nacional elegida por sufragio universal acabó dominada por los girondinos y los jacobinos, representantes los primeros de los intereses de la burguesía provincial mercantil y los segundos de las aspiraciones igualitarias populares. Desde fines de 1792 el enfrentamiento entre ambas facciones fue inevitable y se mostró abiertamente en el juicio a Luis XVI. En diciembre de 1792 el rey fue juzgado por la Convención, y mientras los girondinos se mostraron partidarios de la clemencia, los líderes de la Montaña (Marat, Robespierre y Saint-Just) se unieron para pedir su muerte, opción que resultó vencedora. La ejecución del rey el 21 de enero de 1793, en palabras de Cambón, uno de los líderes montañeses, suponía que la revolución había desembarcado en una isla nueva y había quemado los navíos que la habían conducido allí.

La ejecución del rey acarreó una intensificación de la guerra en las fronteras y la inclusión en la coalición antirrevolucionaria de España, Nápoles, los príncipes alemanes y, sobre todo, Inglaterra. Sin embargo, en un principio el ejército revolucionario cosechó éxitos importantes y Francia ocupó los Países Bajos austriacos, Renania y el condado de Niza, posiciones que mantuvo hasta fines de 1793, cuando una serie de derrotas francesas motivaron la pérdida de dichos territorios. La situación se agravó con la apertura de un frente interno de guerra civil en la Vendée (Francia occidental), donde estalló una revuelta contra la Convención a la que se sumaron elementos populares y nobles.

Ante la extrema gravedad de la situación, se crearon una serie de instituciones (un Tribunal Revolucionario, Comités de Vigilancia provinciales y, sobre todo, el Comité de Salvación Pública) que en su intento de salvaguardar la Revolución iniciaron una política represiva contra todos los sospechosos de conspiración. Los principales líderes girondinos (29 diputados) fueron detenidos en la propia Convención y los jacobinos, con el apoyo inicial de las masas populares diseñaron un nuevo modelo de gobierno que se habría de basar en una nueva constitución de ideales democráticos e igualitarios. La constitución, pese a ser aprobada, no llegó a entrar en vigor porque el gobierno aplazó su aplicación hasta el cese de la amenaza exterior e interior.

El gobierno salido del autogolpe efectuado por los jacobinos tuvo su pilar básico en el Comité de Salvación Pública, elegido por la Convención, y que contaba como miembros más destacados con Robespierre, Saint-Just y Couthon. Este comité asumió, de hecho, todos los poderes del gobierno e instauró una dictadura que en muchos momentos se dejó llevar por la presión popular. La represión contra los nobles y los burgueses moderados se intensificó, aumentando los poderes del Tribunal Revolucionario de París. En el terreno económico, la fijación de precios máximos respondía a una exigencia popular espontánea y terminó afectando a todos los productos y a los salarios.

La dictadura jacobina consiguió una reorganización política y militar. Muchos focos internos rebeldes al gobierno de París fueron reconquistados, la rebelión de la Vendée se controló y en las fronteras se recuperó la estabilidad. Pero lentamente se fue produciendo un divorcio entre las masas y el gobierno que, unido a las disensiones internas y las pugnas personales por el poder, propició la caída final de Robespierre y sus seguidores, que se vieron aislados y solos frente a la oposición conjunta de la extrema-izquierda y de los sectores burgueses más moderados. La Convención Nacional, que se había visto relegada por el Comité de Salvación Pública dirigido por Robespierre, ordena el 27 de julio de 1794 la detención de Robespierre, Saint-Just y Couthon, que

junto a sus partidarios fueron ejecutados al día siguiente. La única institución revolucionaria que apoyaba a los jacobinos, la Comuna de París, fracasó en su intento de reaccionar y tropas leales a la Convención se hicieron con el control de París.

2.3. El Directorio (1795-1799).

Barridos los jacobinos de la dirección de la Revolución, la Convención adoptó una serie de medidas en 1795 que no hicieron sino empeorar la situación de las masas populares. Tras la reinstauración de la libertad de precios las subsistencias se encarecieron y la inflación se disparó. Sin embargo, los últimos intentos de insurrección popular fracasaron ante la falta de dirección de las masas y los *sans-culottes* fueron desarmados, reprimidos y desplazados de la dirección de los acontecimientos revolucionarios. El control de la situación pasó a ser ejercido por un sector de la burguesía moderada que trató de definir una línea política que asegurara los principios liberales y burgueses de 1789 y desactivara las medidas igualitarias instauradas por la presión popular durante el gobierno jacobino. Los hombres fuertes del régimen son algunos antiguos montañeses que cambiaron de bando (Barrás, Fréron) y un sector centrista de la Convención que se conocía como la *Llanura*, por su oposición a la Montaña (Boissy d'Anglas, Daunou, Sieyes).

En cuanto a la guerra exterior, los éxitos militares acompañan el inicio de esta nueva fase de la Revolución, quedando Inglaterra y el Emperador Habsburgo como únicos enemigos relevantes tras la firma de la paz con España, Prusia y la recién nacida República Bátava.

En el terreno político, la Convención aprobó una nueva Constitución que garantizaba los principios liberales de la burguesía moderada y repudiaba el hábito democrático de la Constitución jacobina de 1793. Ahora volvía a asegurarse el predominio social y político de los propietarios más acomodados, frente a las aspiraciones igualitarias de las masas populares. El sufragio censitario, restringido a 200.000 electores, serviría para designar el cuerpo legislativo, articulado en dos asambleas: el Consejo de los Quinientos y el Consejo de Ancianos. El poder ejecutivo estaría en manos de un órgano colegiado de cinco miembros. El riesgo era que este sistema podía dar pie a que los contrarrevolucionarios realistas recuperaran pacíficamente el poder, por lo que se imponían una serie de trabas a su acción política ("decreto de los dos tercios"). Ante esto, los cabecillas contrarrevolucionarios propiciaron una rebelión armada en París que tuvo que ser sofocada por el joven general Napoleón. El gobierno del Directorio se ocupó también de desarticular las últimas intenciones de la extrema-izquierda (conspiración de los iguales, inspirada por Babeuf) y de reanudar la guerra exterior, que servirá para que se encumbre la figura de Bonaparte y para que, cuando la situación externa e interna vuelva a tornarse confusa en 1799 éste pueda presentarse como salvador de la patria y, tras un golpe de estado apoyado desde dentro por varios miembros del Directorio, asuma el poder absoluto como cónsul.

3. LA HISTORIOGRAFÍA DEL XIX.

Sin lugar a dudas, la Revolución Francesa es uno de esos acontecimientos históricos que desde el mismo momento en que se están fraguando es percibida por sus contemporáneos como un hecho crucial y trascendente ante el que hay que tomar postura. Esto implica que cuando se analiza la historiografía de la revolución francesa haya que comenzar mencionando autores que, sin ser historiadores profesionales, fueron testigos de los hechos y ofrecieron narraciones e interpretaciones que sirvieron de base a historiadores posteriores. Por otra parte, todo el siglo XIX está plagado de reminiscencias de la Revolución que hacen que su llama no se apague y que, en cierto modo, siga viva, bien para criticarla como amenaza, bien para defender sus principios o bien para desenmascarar sus fallos y promover su superación.

En definitiva, la historiografía del siglo XIX sobre la Revolución Francesa está innegablemente marcada por la toma de postura de cada historiador ante los propios principios revolucionarios, más que por el método de estudio o por la corriente historiográfica en la que se

inscriba cada autor. Esta división primaria del debate historiográfico sobre la revolución hace que GODECHOT simplifique las posturas enfrentadas aludiendo a lo que denomina «historiadores revolucionarios» e «historiadores conservadores»¹.

Sin duda, la mayor parte del siglo XIX se va a ver marcada por las obras de los denominados «polemistas», que, a su vez, pueden dividirse en narrativas y explicativas. No será hasta fines del siglo XIX cuando se inicie una etapa que Michel VOUELLE considera como «la historiografía moderna de la Revolución», y que se caracterizaría por un intento de desmitificación no exento, en algunos casos, de compromiso político².

3.1. La Revolución vista por sus contemporáneos.

Por raro que pueda parecer, la primera *Historia de la Revolución en Francia* vio la luz en abril de 1789, obra de escaso valor debida a un tal Lescene des Maisons. Pese a que su contenido carece de interés para el historiador, la fecha de la publicación de esta obra nos da idea de que la Revolución fue vista como un hecho histórico crucial desde su mismísimo origen, y no es de extrañar, por tanto, que muchos polemistas políticos escribieran sobre ella incluso antes de que se cerrara su ciclo histórico.

Entre los contemporáneos que escribieron obras de cierto valor sobre la Revolución Francesa podemos diferenciar claramente dos bandos antagónicos: sus detractores y sus defensores. Más que por el análisis histórico de los acontecimientos, estas obras nos interesan porque fueron el punto de partida del intenso debate sobre la Revolución Francesa que se prolongó durante todo el siglo XIX, y la influencia de algunas de ellas se ha prolongado hasta el siglo XX.

En el bando de los detractores de la Revolución, destacan las obras de Edmund BURKE, *Reflexiones sobre la Revolución de Francia* (1790), Joseph DE MAISTRE, *Consideraciones sobre Francia* (1796) y del Abate BARRUEL, *Memorias para la historia del jacobinismo* (1797). Todos se inscriben en una corriente de pensamiento conservador muy hostil a los principios de la Revolución y ven en ella un atentado contra el orden fijado por Dios, achacable a la «filosofía de las luces» y a un complot masónico.

En el caso del inglés BURKE su principal objetivo parece ser el de diferenciar la revolución inglesa de 1688 de los acontecimientos que se estaban desarrollando en Francia. En su opinión, la primera representó un ejemplo de reformas ordenadas que aseguraron el bienestar del país, mientras que la Revolución Francesa se estaba dejando llevar por la acción violenta, desordenada y alborotadora de las masas, y eso podía acarrear serios peligros para la propiedad privada y para sus dueños, base de la prosperidad de una nación. Aunque el pensamiento de BURKE era esencialmente economicista, no puede negarse su fina visión de los acontecimientos, pues tres años después de la publicación de su obra el gobierno jacobino, presionado por las masas, promulgó una Constitución en la que los principios democráticos e igualitarios hacían peligrar la hegemonía social, política y económica de la gran burguesía francesa.

Por su parte, DE MAISTRE era un defensor convencido del Antiguo Régimen y de la monarquía absoluta por Derecho Divino, lo que explica sus diatribas antirrevolucionarias. El rasgo más llamativo de su visión de la Revolución es el providencialismo, al considerarla resultado de la voluntad divina, cuya finalidad, en última instancia, sería la de purificar la monarquía que, ineludiblemente, habría de ser restaurada. No en vano, DE MAISTRE fue uno de los ideólogos de la Restauración.

Finalmente, el Abate BARRUEL ve en la Revolución el fruto de un complot extranjero,

¹. GODECHOT, *Las revoluciones*, p. 153.

². VOUELLE, *Introducción a la Revolución*, p. 83.

encabezado por el rey de Prusia, que encontró apoyos internos en organizaciones secretas vinculadas a la masonería, entre las que incluye a los jacobinos, que convierte en el principal blanco de sus ataques.

Frente a la corriente de opinión conservadora y reaccionaria que acabamos de mencionar, también desde sus inicios la Revolución Francesa contó con defensores a ultranza, entre los que podemos destacar a Joseph BARNAVE, cuya obra *Introducción a la Revolución Francesa* no se publicó hasta 1845, bastantes años después de su muerte, y a Madame de STAËL, hija de NECKER, ministro de finanzas de Luis XVI que apoyó los primeros pasos de la Revolución.

En cuanto a la aportación de BARNAVE, cabe destacar que fue uno de los primeros pensadores que intentó encuadrar la Revolución Francesa en un contexto internacional más amplio, atribuyendo a los acontecimientos que sucedieron en Francia un carácter de plasmación localizada de una necesidad universal de superación del Antiguo Régimen. En palabras del propio BARNAVE: «No hay, propiamente hablando, una revolución francesa: hay una revolución europea que tiene a Francia en su cumbre». BARNAVE se erige en defensor de los principios liberales y burgueses de los primeros pasos de la Revolución, pero atacó duramente el giro radical que se produjo con el ascenso al poder de los jacobinos, lo que le costó ser víctima del Terror. Su análisis de las causas de la revolución, por otra parte, es a la vez político (debilidad de la monarquía absoluta) y socioeconómico (necesidad de adaptar el sistema político a la nueva preponderancia económica y social de la burguesía). Tal vez lo más importante de la obra de BARNAVE sea su repercusión posterior, ya que una buena parte de la historiografía francesa del XIX tomó su obra como punto de partida en el análisis de la revolución.

Madame de STAËL, por su parte, escribió unas *Consideraciones sobre los principales acontecimientos de la Revolución Francesa* que fueron publicadas en 1818. Más que una obra narrativa es un intento de explicación, en el que la autora no duda en mostrar su antipatía por los que fueron adversarios de su padre, ministro reformista de Luis XVI. Al igual que BARNAVE, su apoyo a los principios liberales y burgueses le lleva a criticar duramente el período de la Convención, que considera un desvío inoportuno de la Revolución. Por otra parte, su protagonismo político durante la época del Directorio le permite analizar el régimen previo al ascenso de Napoleón con un nivel de información muy superior al de otros comentaristas.

3.2. Los polemistas de los tres primeros cuartos del siglo XIX.

Con la Restauración, la Revolución parecía terminada y surgió una nueva generación de historiadores que no habían sido testigos directos de los grandes hechos revolucionarios. En Francia e Inglaterra, la mayoría de los que se inclinan a favor de la Revolución son racionalistas y liberales, que simpatizan, al menos, con una fase de la Revolución. Las obras anteriores a 1855 son básicamente narrativas, mientras que a partir de esa fecha comienzan a aparecer los primeros intentos de abordar una «historia explicativa» de la Revolución.

3.2.1. La historia narrativa francesa.

Entre los simpatizantes de los principios burgueses de la Revolución cabe situar en un papel destacado a Adolphe THIERS, que entre 1823 y 1827 publicó los 10 volúmenes de su *Historia de la Revolución Francesa*. Su carácter de periodista comprometido con los principios liberales y contra el absolutismo de la Restauración le llevó a documentar excelentemente su obra, recurriendo a numerosos documentos justificativos y a encuestas efectuadas a algunos supervivientes de la Revolución. Aunque se alude a su insuficiente análisis de las causas de la Revolución, la obra de THIERS documenta al detalle las luchas políticas en París, las operaciones militares y los problemas financieros de los gobiernos revolucionarios. En general, THIERS se muestra como un ferviente partidario de la monarquía constitucional que se intentó crear a partir de 1791 y no oculta su antipatía con el giro radical que adoptó la Revolución cuando se dejó

arrastrar por las masas populares. En una línea muy semejante a la THIERS se inscribe la *Historia de la Revolución* que en 1824 publicó su amigo y correligionario MIGNET, obra esencialmente narrativa y basada en los aspectos políticos de la Revolución.

Un lugar especial entre las historias narrativas de la Revolución debidas a simpatizantes de sus principios burgueses merece la obra de Jules MICHELET, estructurada en siete volúmenes publicados entre 1847 y 1853. MICHELET oscila en su tratamiento de la Revolución entre su vena de archivero (utilizó numerosas fuentes documentales inéditas) y su vocación poética, que le induce a dejarse llevar a menudo por su imaginación. De extracción social humilde, MICHELET convierte su obra en un canto encendido a los valores del pueblo francés, aunque no profundiza en el análisis social de las masas populares, sino que las personaliza a modo de metáfora. En ningún momento oculta su simpatía por la Revolución y, especialmente, por el dantonismo, que según él encarnaba a la perfección el patriotismo de la nueva Francia. En definitiva, MICHELET aportaba un enfoque «romántico de la revolución» que, aunque bien documentado y más cercano al pueblo que el de los autores anteriores, no llegaba a profundizar en el análisis objetivo de los hechos. Frente a los autores burgueses defensores de la corta etapa de la monarquía constitucional dentro de la Revolución, MICHELET defiende sin ambigüedades la fase republicana previa al ascenso al poder de los jacobinos.

Por último, también pueden situarse entre las obras narrativas sobre la Revolución las de LAMARTINE y Louis BLANC, aunque reflejan posturas distintas. LAMARTINE defiende en su *Historia de los Girondinos* (1848) las aspiraciones de la burguesía liberal hacia una república moderada, aunque su tono poético y su falta de rigor en el manejo de la documentación hacen que su obra sea de reducido valor desde el punto de vista historiográfico. Por su parte, Louis BLANC ofrece en su *Historia de la Revolución* (1848) la primera toma de postura en favor de la Revolución montañesa y de las concepciones políticas de Robespierre. Pese a sus ideas socialistas, la historia de BLANC es esencialmente política y concede una importancia secundaria a los problemas económicos. En su favor hay que mencionar que fue el primer autor en citar cada referencia documental en notas a pie de página, ejemplo que no sería seguido hasta bastante más tarde.

3.2.2. La historia «explicativa».

Entre 1854 y 1889 aparecieron una serie de obras que tenían como principal objetivo establecer y describir los principales hechos de la Revolución, pero que pretendieron, sobre todo, la explicación de los mismos. Los dos autores que más destacan en esta nueva línea de análisis de la Revolución son Alexis de TOCQUEVILLE e Hipólito TAINÉ.

TOCQUEVILLE (1805-1859) publicó en 1856 una de las obras sobre la Revolución más alabadas por historiadores posteriores de diversas tendencias, pues nadie puede negar la enorme aportación que supuso en el panorama historiográfico sobre el tema (*El Antiguo Régimen y la Revolución*). El cambio radical respecto a obras anteriores lo refleja el propio autor en una carta a un amigo: «Relataré, desde luego, los hechos y seguiré el proceso de los mismos, pero mi principal trabajo no será el de referirlos»³. La obra de TOCQUEVILLE es una síntesis en la que el desorden de los acontecimientos desaparece para destacar los caracteres generales de su evolución. Para conseguir esto, se documentó muy cuidadosamente recurriendo a fuentes hasta ese momento poco o nada explotadas: documentación fiscal y económica procedente de archivos nacionales y regionales, libros de reclamaciones, actas de venta de bienes nacionales, catastros de diversas épocas, etc.

TOCQUEVILLE inscribe la Revolución Francesa dentro de un proceso generalizado en Europa de disolución del Antiguo Régimen, y que en Francia adoptó un carácter revolucionario, y no de transición lenta, debido al desarrollo económico y social alcanzado en el siglo XVIII, que

³. Citado por GODECHOT, *Las revoluciones*, p. 161.

chocaba radicalmente con las estructuras políticas del Antiguo Régimen. Ideológicamente, TOCQUEVILLE se inscribe entre los partidarios de los aspectos más moderados de la Revolución, es decir, dentro de la corriente de pensamiento liberal y burgués. Su oposición a la visión romántica y popular de MICHELET es notoria, y destaca su fino análisis de la situación socioeconómica anterior a la Revolución como factor explicativo de la misma, atacando la idea de que la miseria popular fuera el principal motor de la Revolución.

TAINÉ (1828-1893), publicó los cinco volúmenes de su *Orígenes de la Francia Contemporánea* entre 1875 y 1893, notablemente influenciado por los sucesos violentos sucedidos durante la Comuna de París de 1871. Al igual que TOCQUEVILLE, comenzó su análisis de la Revolución estudiando la caída del Antiguo Régimen y recurriendo a numerosas referencias a documentos de archivo. En su opinión, la caída del Antiguo Régimen se debió en gran parte a la incoherencia de un sistema fiscal que situaba al campesinado sin tierra en una situación extremadamente negativa y que perjudicaba igualmente a los propietarios no privilegiados. Sin embargo, no apoya en modo alguno a la Revolución, que considera irracional e incoherente y debida a la perversión de los ideales de la Ilustración. Sin ser defensor del Antiguo Régimen, no pudo evitar su antipatía manifiesta por los excesos cometidos por los jacobinos, a los que considera culpables de que la Revolución supusiera la instauración de un régimen tan despótico como el absolutismo contra el que se había enfrentado.

3.3. La escuela historiográfica alemana ante la Revolución.

Las repercusiones de la Revolución Francesa en los distintos estados alemanes fueron importantes, sobre todo porque en ellos se había desarrollado el pensamiento ilustrado y existía una importante burguesía que se dejó seducir por los aspectos más moderados de la Revolución. Así, no resulta raro que numerosos pensadores políticos alemanes contemporáneos de la Revolución se interesaran por ella con especial interés, aunque su aportación incide más en los aspectos filosóficos, políticos y morales que en el análisis histórico.

KANT, por ejemplo, se mostró ferviente defensor de la Revolución en cuanto al contenido, porque pensaba que la instauración de la República suponía alcanzar la forma de gobierno más perfecta y racional, pero rechazó el carácter violento de los acontecimientos y, sobre todo, la ejecución de Luis XVI.

Por su parte, FICHTE no sólo se mostró partidario de la instauración de la República, sino que justificó inicialmente la violencia revolucionaria como único medio de derribar a la monarquía absoluta. Sus simpatías iniciales con la Revolución, sin embargo, se fueron disipando con el paso del tiempo, al considerar que ésta había renegado de sus objetivos iniciales.

Finalmente, HEGEL fue también un defensor a ultranza de la Revolución, a la que consideraba introductora de la razón en el terreno político. Aunque se mostraba partidario de la imposición de la voluntad general sobre los intereses particulares, criticó, sin embargo, los métodos violentos adoptados durante la época del Terror.

3.4. El análisis marxista de la Revolución.

MARX inició su estudio de la Revolución Francesa durante su exilio parisino muy influenciado por el punto de vista hegeliano, aunque concluyó por contradecirlo. En su opinión, la Revolución supuso la plasmación en el terreno político de la hegemonía económica y social que la burguesía había alcanzado tras un proceso iniciado en el siglo XVI. El dominio de la burguesía significaba la conversión del individualismo en razón de ser de la sociedad y del Estado, hecho que sería superado cuando el proletariado llevara a cabo su propia revolución.

MARX apoyaba la idea de la «necesidad» de la revolución burguesa, pero se interesó especialmente por el jacobinismo y por la figura de su líder Robespierre, al que considera víctima del error de intentar instaurar la igualdad desde el plano político sin que el desarrollo social y

económico lo permitieran. En otras palabras, la igualdad plena y la posibilidad de una República democrática sólo serían posibles cuando se hubieran superado las desigualdades sociales típicas del régimen burgués. Para MARX, el régimen jacobino fue un ensayo frustrado de lo que podría ser la futura sociedad regida por los principios del proletariado, y que sería posible cuando el desarrollo de las fuerzas productivas lo permitieran.

El análisis de la Revolución elaborado por MARX no se centró mucho en el desarrollo interno de los acontecimientos, sino en sus causas y posibles consecuencias y en su interpretación como paradigma del advenimiento de la sociedad en la que el modo de producción capitalista origina un régimen político al servicio de los intereses de la burguesía. Por su puesto, al contrario que los historiadores burgueses liberales, MARX no entiende la Revolución Francesa como punto de llegada, sino como una fase más en el desarrollo histórico que más tarde o más temprano habría de ser superada.

4. LA HISTORIOGRAFÍA CIENTÍFICA DEL SIGLO XX.

Michel VOUELLE sitúa en los finales del siglo XIX el nacimiento de una historiografía científica de la Revolución que encontró en la celebración del primer centenario un espaldarazo definitivo. Desde 1881 el propio Gobierno republicano francés creó una serie de instituciones y comisiones que, encargadas de preparar la celebración del primer centenario, iban a dar lugar a una serie de publicaciones periódicas y recopilaciones de fuentes para el estudio de la Revolución. En 1886 se crea la cátedra de Historia de la Revolución en la Sorbona, cuyo primer titular, Alphonse AULARD, es un ejemplo de la aplicación del rigor positivista al estudio de la Revolución.

Sin embargo, desde comienzos del siglo XX se produce una escisión entre una versión republicana «oficial» de la Revolución, positivista en su metodología y polarizada en el discurso político, que sitúa a Dantón como su héroe simbólico (patriota y moderado a un tiempo, contrario a la violencia y a la rigidez del jacobinismo) y una corriente historiográfica de tradición jacobina, que centra su interés en una lectura social de la Revolución a la luz del marxismo y que encuentra en la figura de Robespierre el objeto de su admiración.

4.1. AULARD y el positivismo dantonista.

Alphonse AULARD, nacido en 1849, había cursado estudios de Filosofía y se doctoró con una tesis sobre el poeta italiano Leopardi. Su interés por la Revolución le llevó a publicar en 1882 una obra sobre *Los oradores de la Constituyente, de la Legislativa y de la Convención*, en el que aplicaba los procedimientos científicos que empezaban a usar los filólogos al estudio de los grandes personajes de la Revolución. Su obra llamó la atención de los historiadores y en 1886 se le nombró director de la primera cátedra de Historia de la Revolución en la Sorbona y de la revista *La Revolución Francesa*, promovida por la estatal *Sociedad de la Historia de la Revolución Francesa*.

En el programa de estudios que aplicó en su cátedra universitaria y en la dirección de la revista, AULARD defendía a ultranza el uso de un método objetivo y científico, al estilo del que aplicaban los historiadores positivistas alemanes desde hacía varias décadas: acudir siempre a las fuentes, no sostener nada que no se sepa a través de un original, no escribir nada sin fijar sus referencias y presentar los hechos de una manera imparcial y objetiva.

La obra de AULARD se puede dividir en dos facetas: la edición de documentos y la elaboración de estudios concretos, que intentó sintetizar en su *Historia política de la Revolución Francesa* (1901). Esta obra ha sido ampliamente criticada por su enfoque exclusivamente político, que desnaturalizaba el vasto y complejo fenómeno revolucionario, y por la constante toma de posición de AULARD en favor de Dantón y de sus seguidores, atacando despiadadamente a Robespierre y a los jacobinos, hecho que contradice su llamamiento a la imparcialidad.

Pese a que su libro quedó pronto desfasado, la influencia de AULARD sobre una buena

parte de los historiadores franceses fue notable a través de su magisterio universitario y de su revista. Sin duda, su visión de la Revolución Francesa coincidía plenamente con los intereses políticos del gobierno republicano francés, que intentaba fundar su legitimidad en la historia y propiciaba una historiografía oficial acorde a los modelos que intentaba reproducir.

4.2. La visión «jacobina» de la Revolución. Historiadores socialistas y marxistas.

La corriente historiográfica afín al jacobinismo se inicia en Francia a partir de la obra de Jean JAURÈS *Historia socialista de la Revolución Francesa*, cuyo primer volumen se publicó en 1901. JAURÈS, que no era historiador profesional, sino filósofo y parlamentario, acometió un estudio de la Revolución que hiciera hincapié en las facetas que, a su entender, habían descuidado los historiadores: «la evolución económica y la profunda y emocionante vida social»⁴. Su estudio documentado de la situación económica de Francia a fines del Antiguo Régimen le inclina a considerar como causa de la Revolución no la miseria de las masas, como dijo MICHELET, sino la elevación del nivel de vida de las clases medias, que alcanzan su madurez y aspiran a dirigir la política del país. Aunque JAURÈS sitúa en un lugar destacado de su análisis el estudio de la evolución económica y social, no descuida el papel de las ideologías, no sólo en Francia, sino en un contexto europeo mucho más amplio. Finalmente, y frente a la historiografía republicana oficial, JAURÈS destaca por la justificación que hace del Terror jacobino, aunque sin legitimarlo, porque considera que fue la única forma de preservar la Revolución frente a las amenazas exteriores e interiores que se cernieron sobre ella.

Albert MATHIEZ (muerto en 1932) fue el primer historiador profesional que siguió y desarrolló la línea inaugurada por JAURÈS, siendo su influencia posterior más notable porque publicó numerosos artículos y ejerció la docencia en diversas universidades. Aunque fue discípulo de AULARD en la Sorbona, y bajo su dirección comenzó a estudiar los aspectos religiosos de la Revolución, pronto rompió con su maestro y se volcó en el estudio de la figura de Robespierre, fundando en 1908 la *Sociedad de Estudios Robespierristas*. Durante un tiempo se dedicó a analizar las luchas políticas entre girondinos, dantonistas y robespierristas, publicando diversos artículos en los que demostraba su fina capacidad de análisis, pero su mayor aportación se produjo cuando se dedicó al estudio de la situación económica, entroncando con la obra de JAURÈS. Para MATHIEZ, la mala situación económica de las masas populares jugó un papel fundamental en el desarrollo de la Revolución, haciendo que éstas se vieran arrastradas a una alianza con la burguesía, que tendría su reflejo en el programa social de los jacobinos. Sin embargo, esta alianza era coyuntural y encerraba una serie de contradicciones que no tardarían en estallar, propiciando la reacción de la burguesía moderada y el cese del experimento de una República al servicio del proletariado.

La interpretación socialista de la Revolución se consagró en 1937 cuando accedió a la cátedra de la Sorbona Georges LEFEBVRE (1874-1959), historiador de vocación tardía que defendió su tesis doctoral sobre el campesinado del Norte de Francia durante la Revolución a los 50 años de edad. Esta obra, sin embargo, significó un importante giro en la historiografía sobre la Revolución, porque por primera vez se abordaba con un carácter científico el papel jugado por el campesinado. Según LEFEBVRE, la precaria situación del proletariado campesino es un factor que contribuye a la Revolución, al aumentar los conflictos de clase. La Revolución, por tanto, no es exclusivamente burguesa, sino que en ella se mezclan y confunden intereses y alianzas que hacen a la burguesía oscilar entre la búsqueda del apoyo del proletariado campesino en unos momentos y la alianza con las clases acomodadas, cuando el pueblo, decepcionado por la manipulación de que había sido objeto, decide intentar tomar las riendas de la Revolución. Otra aportación innegable de LEFEBVRE es la atención que prestó a las mentalidades colectivas campesinas, línea

⁴. Cit. por GODECHOT, *Las revoluciones*, p. 165.

que desarrollarían los historiadores marxistas posteriores y que aplicarían, también, al estudio de las clases bajas urbanas.

A partir de LEFEBVRE, las dos obras más importantes de la posguerra -la de LABROUSSE y la de SOBOUL- renuevan y continúan la historia marxista de la Revolución. Con LABROUSSE el análisis de la Revolución ingresa definitivamente en la historia social y económica en dos direcciones. Al estudiar la crisis de la economía francesa en vísperas de la Revolución, introduce el peso de la coyuntura económica en la lista de causas del descontento colectivo, zanjando el viejo debate entre la «revolución de la miseria» (MICHELET) o la revolución fruto de la prosperidad burguesa (JAURÈS). Por otra parte, LABROUSSE ha sido el primero en aplicar a las sociedades urbanas el esquema de aproximación a las mentalidades colectivas que LEFEBVRE utilizó en su estudio sobre el campesinado.

En otro nivel, SOBOUL, con su tesis sobre los *sans-culottes* parisinos, se ha erigido en el historiador de la revolución urbana, que presta atención a la acción de las masas y analiza los conflictos de clase. En su opinión, la Revolución contempló la actuación de un proletariado urbano plenamente constituido como clase social y antagonista tanto del Antiguo Régimen como de la burguesía capitalista. Tras la proclamación de la República el proletariado desplazó a la burguesía y pretendió ascender al poder, siendo la dictadura de Robespierre un intento frustrado de gobierno proletario.

4.3. La historiografía de síntesis. ¿Revolución Francesa o revolución occidental?

Aunque desde los primeros pasos de la historiografía en torno a la Revolución Francesa algunos autores (JAURÈS) la consideraron un episodio enmarcado en una dinámica internacional de abolición del Antiguo Régimen, hasta bien avanzado el siglo XX no aparecieron estudios serios que abordaran esta faceta de la Revolución, originándose un encendido debate entre los defensores de la fórmula «revolución occidental» y los partidarios de seguir entendiendo la Revolución Francesa como un hecho particular.

El primero en defender la idea de que la Revolución Francesa fue uno más de los diversos episodios de un movimiento revolucionario de dimensiones internacionales fue el historiador norteamericano Louis GOTTSCHALK. En un manual de enseñanza superior que publicó en 1951 dedicaba un capítulo a demostrar la formación y desarrollo del espíritu revolucionario en el mundo, tras el cual analizaba lo que denominaba «primera revolución mundial», en la que distinguía una fase americana, otra francesa y otra napoleónica.

La teoría de GOTTSCHALK fue desarrollada por su discípulo Robert PALMER, que entre 1954 y 1964 publicó diversos artículos y libros desarrollando la idea de las «Revoluciones Atlánticas» como un todo unitario en el que la independencia de Norteamérica marcó la pauta que se siguió después en Sudamérica y en Europa. En Europa Jacques GODECHOT ha sido el historiador que más ha profundizado en esta línea interpretativa de la Revolución. Para GODECHOT, los episodios revolucionarios que sacudieron Europa tras la Revolución Francesa no fueron meras imitaciones debidas a agitadores o propagandistas, sino el reflejo de que la crisis del Antiguo Régimen era universal, aunque sólo en Francia llegara a triunfar una Revolución a gran escala.

La tesis de las «Revoluciones Atlánticas» tuvo numerosos partidarios en los Estados Unidos, en Italia, en Bélgica e incluso en Inglaterra, pero, salvo GODECHOT, despertó numerosos recelos en Francia. Los partidarios de entender la Revolución Francesa como un episodio singular aducen que las estructuras económicas y sociales de las distintas naciones que vivieron episodios revolucionarios desde fines del siglo XVIII eran muy diferentes y que, por tanto, no podían pertenecer a un mismo movimiento. La Revolución Francesa habría sido el resultado de la situación concreta de Francia, y los episodios revolucionarios posteriores en Europa un intento de extenderla o de imitarla.

4.4. Tendencias actuales de la investigación⁵.

En las últimas décadas la historiografía sobre la Revolución Francesa ha mantenido sin duda su pujanza, sobre todo en los años cercanos a la celebración de su segundo centenario. Sin embargo, la profusión de estudios no ha supuesto, según algunos autores críticos, un avance significativo en nuestros conocimientos ni ha aportado grandes cosas al panorama historiográfico. Michel VOVELLE, por ejemplo, se lamentaba en 1979 de que la visión más difundida de la Revolución Francesa siguiera siendo la aportada por la historiografía conservadora, que reproducía incansablemente los temas y la interpretación política y psicológica que más destacaban la leyenda negra de la Revolución. En el lado contrario, los historiadores de tendencia jacobina que hemos mencionado en el corriente epígrafe han mantenido su producción, sus métodos de análisis y sus posturas también bastante inalteradas.

El punto de vista marxista favorable a la reivindicación de la revolución jacobina se ha visto contestado, desde el propio marxismo, por una visión que VOVELLE califica de «libertaria» y que tiene en GUÉRIN su precedente. Esta tendencia defiende la idea de que el robespierrismo, lejos de ser el punto culminante de la Revolución, supuso la liquidación del verdadero proletariado a manos de los pequeños burgueses, que no hicieron sino frenar las aspiraciones de éste. Aunque GUERIN dio forma a esta teoría a fines de los 40, cobró adeptos fundamentalmente a partir de mayo del 68, debido, en gran parte, a las diferencias ideológicas que surgieron en el seno de los marxistas franceses.

Desde otro punto de vista, una de las líneas interpretativas que más ha cuajado en los últimos tiempos es la que pretende desmontar el carácter burgués de la Revolución Francesa, sobre todo a partir de algunos estudios que han tratado de demostrar que las élites sociales favorables a la revolución tenían más unidad desde el punto de vista cultural que desde el socioeconómico. Esta línea ha sido desarrollada por los seguidores de FURET y RICHET, que a finales de los 60 elaboraron un estudio conjunto en el que analizaban el importante papel jugado por algunos sectores de la aristocracia en la modernización económica que precedió a la Revolución, mientras que importantes sectores de la burguesía actuaban de forma inversa, dedicados a la inversión rústica y a la adquisición de cargos ennoblecedores.

En cuanto a los problemas que siguen suscitando debate en el campo de la historiografía sobre la Revolución Francesa, un filón inagotable es el de sus causas. Todavía hay autores que siguen defendiendo la teoría del «complot», mientras que otros se esfuerzan en demostrar el papel hegemónico del desarrollo de las fuerzas productivas, de las relaciones y estructuras sociales, de la ideología o de la cultura. A la postre, la mayoría de los autores se inclinan por entender que es la suma de diversos factores la que favorece la Revolución, y que no se puede explicar desde un punto de vista monocausal.

Por último, una de las facetas más novedosas de la historiografía sobre la Revolución en las últimas décadas ha sido la inmersión en el terreno de las mentalidades colectivas, línea que ha desarrollado, partiendo del análisis marxista, Michel VOVELLE. Este autor ha analizado la «sensibilidad» prerrevolucionaria y revolucionaria, llegando a la conclusión de que la Revolución fue la coronación, el episodio catalizador, de una evolución de larga duración en el terreno de las mentalidades colectivas⁶.

⁵. Sigo fundamentalmente el epígrafe del mismo título del libro de Michel VOVELLE, *Introducción a la historia de la Revolución Francesa*.

⁶. Tesis que expone en el capítulo "La Revolución Francesa: ¿mutación o crisis de valores?" de su libro *Ideologías y mentalidades*.

CONCLUSIÓN

Se podría culminar la exposición del tema destacando la enorme producción historiográfica sobre la Revolución Francesa y alegando que no es un episodio cerrado, sobre todo en Francia, porque siguen siendo numerosas las Tesis Doctorales que se elaboran sobre ella, sobre todo desde el punto de vista de la historia local.

BIBLIOGRAFÍA

Para los acontecimientos de la Revolución, me he basado en:

Albert SOBOUL, *La Revolución Francesa*, Barcelona, 1987. Ed. Orbis. Biblioteca de Historia.

Michel VOVELLE, *Introducción a la historia de la Revolución Francesa*, Barcelona, 1989. Ed. Círculo de Lectores.

El debate historiográfico sobre la Revolución está basado en la citada obra de VOVELLE y en

Jacques GODECHOT, *Las Revoluciones (1770-1799)*, Barcelona, 1977. Ed. Labor.

Michel VOVELLE, *Ideologías y mentalidades*, Barcelona, 1985. Ed. Ariel.

Una síntesis muy clara sobre la Revolución puede verse en

Jean-Pierre BOIS, *La Revolución Francesa*, Madrid, 1977. Ed. Historia 16. La obra se ha dividido en tres pequeños volúmenes, el último de los cuales contiene una bibliografía comentada muy útil, sobre todo para conocer la línea de las publicaciones de los años 80.